
EL DESAFIO DEMOCRATICO

GUY HERMET

El desafío democrático se inscribe en contextos tan diferentes que no sería suficiente contrastar globalmente el exotismo cruel de América Latina con la monotonía inquietante del antiguo mundo comunista. Es preciso ir más lejos, y volver primera y necesariamente a la distinción que se debe realizar entre las dos formas de opresión de las que acaban de escapar estos dos universos, y que aún persiste en la Unión Soviética. Aunque en desuso los conceptos de totalitarismo y de autoritarismo no han perdido validez por el simple hecho que las dictaduras comunistas hayan resultado reversibles contrariamente a lo sostenido por la Sra. Jeane Kirkpatrick. No es preciso ser un experto para notar que los regímenes militares latinoamericanos son distintos a los gobiernos totalitarios si bien debilitados de los años 1980.

Por otro lado, las referencias obligadas a lo que hoy llamamos la sociedad civil -sin definirla- no deben depender únicamente de la verborragia periodística que se da aires sabios. En tanto se la considere a la vez en el proceso de larga duración y en el coyuntural de las fases autoritaria o totalitaria, la fuerza social de cada país, incluso de cada ciudad y de cada zona rural, define los parámetros de la reinvencción democrática. Guatemala no

tiene nada que ver con Uruguay, así como tampoco Hungría se parece a Bulgaria o a Rusia. Pero sin embargo, paradójicamente, Argentina es más parecida de lo que pudiera imaginarse a Checoslovaquia a nivel de la memoria cultural, mientras que se diferencia claramente de sus vecinos Bolivia y Perú. Y para complicar aún más las cosas, Polonia, por ejemplo, conserva bien marcadas las huellas claras de sus matrimonios forzados anteriores a 1918 con Alemania, Austria y el Imperio de los zares. Curiosamente los menos comunistas de sus habitantes se encuentran siempre en la zona sometida durante mucho tiempo al yugo ruso, sin embargo también se comprueba la situación inversa. No existe razón para que estos clivajes no se manifiesten de otra manera en otra parte.

Se revela entonces la paradoja fundamental. El sopesar minuciosamente lo que se considera como las precondiciones estimadas favorables o desfavorables para la consolidación de un régimen democrático es una ilusión. Por cierto no existe democracia duradera sin demócratas, es decir sin ciudadanos dispuestos a desempeñar un papel responsable. Al mismo tiempo sin embargo, el surgimiento de esta ciudadanía democrática jamás ha precedido al nacimiento de la propia democracia como

simple marco de gobierno caracterizado en el comienzo por atributos que son casi exclusivamente formales. Dicho de otra manera, el sentido democrático se presenta como una consecuencia de la democratización, no como una exigencia previa, tanto en América Latina como en los países del Este. ¿Qué legados políticos? ¿Qué sociedades? ¿Qué esperar de ello? Estas son las interrogantes preliminares que se plantean aquí.

Los dos legados: autoritarismo-totalitarismo

Antes de recurrir a las definiciones clásicas del autoritarismo y del totalitarismo con el fin de revelar la naturaleza de la carga que legan a las democracias nacientes, es preferible enumerar sus legados inciertos a la luz de dos ideas simples. La primera se refiere al rol que uno y otro asignan a la política. La segunda tiene relación con la distinción que se impone entre un régimen de gobierno y un sistema de poder.

Con referencia en primer lugar al rol asignado a la política, dos ideologías básicamente opuestas -la democrática y la totalitaria- tienden a abolirla. La democracia liberal busca hacerlo a costa de una cuasi-fusión del Estado en la sociedad o por lo menos de una total subordinación del Estado a la sociedad. En lo que respecta al totalitarismo, adopta un procedimiento totalmente inverso sin abandonar sin embargo el objetivo de la abolición de la política. En su versión marxista, la nueva Edad de Oro prometida al Hombre Nuevo debe nacer de hecho de la decadencia total de la sociedad en vista de su disolución en el Estado-partido⁽¹⁾. Desde ese momento todo se tornará político, o nada lo será. En todo caso, la *Polis* desaparecería.

(1) Esta proposición está inspirada en Thomas Molnar, "L'américanologie", *Catholica* [17], déc. 1989, pp. 8-12.

Se preferirá sin duda el objetivo que persigue la democracia que el de los taumaturgos totalitarios. Pero lo que llama la atención a nuestro propósito es que el proyecto autoritario, por más represivo que sea, no obedece al mismo fin. Evidentemente no tiende como la democracia a disolver el Estado en la sociedad, sino que por el contrario, busca separar el Estado de la sociedad para que éste sea más autónomo y "legítimo" en sí mismo. De la misma manera, los dirigentes autoritarios tampoco se proponen absorber la sociedad dentro del Estado; conciben al Estado como un centro de mando y no como un todo perfecto a la manera totalitaria. Su objetivo consiste en permanecer en el poder porque de ahí sacan provecho y no utilizan para ello sutilezas muy elaboradas: la fuerza les es suficiente. Aún más, se preocupan por obstaculizar reformas parciales, o por el contrario llevarlas a cabo de manera expeditiva. Los "autoritarios", no tienen, tampoco, una visión teológica del devenir de la política; les basta con callarla en el presente. Las dictaduras militares de América Latina son prueba de ello. Los generales dueños del poder se caracterizaron por una mentalidad despótica y no por el apasionamiento ideológico; buscaron imponer no convencer. Incluso, y por la misma razón, ignoraron la fórmula del partido único.

Esto define tanto a las dictaduras totalitarias como a las democracias liberales como formas de poder que obedecen a una motivación ideológica central, y a los gobiernos autoritarios como regímenes bastante ajenos a la ideología formulada como tal o realmente impuesta. En cambio, el triángulo se forma de otra manera si se toma en consideración el concepto de régimen, en oposición al de sistema. A este nivel, el autoritarismo se encuentra dentro de la misma familia -de regímenes políticos- que la democracia, aún cuando dentro de esa familia se lo considere la oveja negra. En

efecto, el concepto de régimen se entiende siempre, en su sentido propio, como un modo de organización institucional del Estado -de derecho o de hecho, legítimo o no- que se establece ya sea en una relación de subordinación frente a la sociedad (la democracia liberal), o en una relación de oposición hacia ella (autoritarismo). Pero la sociedad subsiste de todas maneras, donde se procura darle voz como en el primer caso, y donde se procura amordazarla como en el segundo⁽²⁾. Donde haya sociedad hay régimen. A la inversa, y rechazando de entrada el hecho que la sociedad pueda reivindicar legítimamente su autonomía, el sistema totalitario abriga un proyecto sin límite que excluye no sólo toda separación entre la sociedad y el Estado, sino que rechaza toda subordinación del Estado. Sintiendo dueño absoluto de su universo, sistema total y sin competencia ni escapatoria, pretende "desestructurar" la sociedad -destruirla...- para absorberla mejor⁽³⁾. El totalitarismo es el devorador de hombres. Se alimenta de una multitud de individuos, hasta el momento distintos debido a una sociedad que se encuentra condenada a la extinción, para engendrar por fin al Hombre Nuevo perfecto por ser indiferenciado o "asocial". En resumen, se necesita un sistema ahí donde ya no hay más sociedad. Por cierto, este proyecto ideal o ideológico no se ve realizado jamás en su totalidad. Sin embargo, el ejemplo de la Unión Soviética hasta fines de la era stalinista prueba que puede llevarse a cabo en gran medida, hasta el punto de sustituir la autonomía de la sociedad de solidaridades

(2) Dentro de esta perspectiva Juan Linz define el autoritarismo como un régimen de "pluralismo limitado" ("An Authoritarian Regime: Spain", p. 297 in Allardt (E.), Littunen (Y.), ed., *Cleavages, Ideologies, and Party Systems*. Helsinki. The Academic Bookstore, 1964.

(3) Este tema se encuentra desarrollado en: "Passé et Présent: des régimes fasciste et nazi au système communiste", pp. 133-158 in: Guy Hermet, ed., *Totalitarismes*. Paris, Economica, 1984.

residuales que no son más que familiares o transgresoras, o eliminar el recuerdo de la libertad de la desesperante estrechez mental de un individuo que renuncia a la palabra.

En resumen, la voluntad de abolir la política fundiendo el Estado en la sociedad determina que la democracia sea liberal e ideológica a la vez. La resistencia a considerar el problema define a los regímenes autoritarios. Y la negación de la sociedad en nombre de la supremacía ideológica del Estado crea el sistema totalitario.

Las restantes características distintivas del totalitarismo y del autoritarismo se deducen de estas primeras consideraciones a menos que pierdan validez o se relativicen. Uno y otro comparten a menudo los mismos atributos siniestros, pero éstos no tienen el mismo sentido. Ambos se valen de la represión. Sin embargo, la represión ejercida por el totalitarismo no persigue únicamente el fin de vigilar, dominar o someter a los más inteligentes. Su objetivo consiste en destruir la lógica propia de la sociedad, con el fin de que su control sea, en definitiva, innecesario. De ahí se desprende la necesaria imprevisibilidad de este tipo de represión, que engendra el propio terror totalitario. Con intensidad variable, el terror constituye sin ninguna duda, un recurso fundamental de los regímenes autoritarios. Pero como señala Hannah Arendt, la versión autoritaria "únicamente amenaza a los auténticos opositores"⁽⁴⁾, mientras que en su expresión totalitaria actúa en todas las direcciones, como adiestramiento previo y generalizado. Al respecto Simon Leys enuncia tres leyes imaginarias aunque características del totalitarismo: "1) Ciertos casos deben ser tratados con una magnanimidad especial. 2) Ciertos casos deben ser tratados con una severidad especial. 3) Esto no se aplica en

(4) Hannah Arendt, *Le système totalitaire*. Paris, Economica, 1984.

todos los casos" ...⁽⁵⁾. El Hombre Nuevo debe ser un ser enloquecido de angustia... Este es el precio de su conformidad al ideal.

Es preciso hacer distinciones análogas en otros niveles. La policía secreta es tanto autoritaria como totalitaria. Sin embargo, mientras que en las dictaduras de tipo autoritario es un mecanismo más de poder, incluso una simple agencia del ejército, en las dictaduras totalitarias es su carácter invisible lo que le otorga preeminencia. En éstas, como lo señala nuevamente Hannah Arendt "cuanto más visibles son los órganos de gobierno, menos poder tienen"⁽⁶⁾. Por su parte, el partido único, ausente en los regímenes militares de América Latina, ha existido en ciertos regímenes autoritarios, tales como la España franquista y el Portugal del Dr. Salazar. Sin embargo no constituyó en esos casos más que un ornamento secundario y no el Estado de hecho como dentro del sistema totalitario.

Es cierto que estas categorías son demasiado genéricas y abstractas como para contener los matices que configuran la realidad. En América Latina, el autoritarismo ha adoptado diversas formas incluso durante el período reciente. Ha asumido frecuentemente la forma de gobiernos militares cuyo carácter marcial no garantizaba sin embargo la unidad de género. Estos gobiernos fueron en un momento progresistas, en particular en Perú, conservadores y modernizadores a la vez en Brasil, decididamente reaccionarios en Chile y en Argentina. En la mayoría de los casos, su origen ha sido el ejército como cuerpo -como "partido militar"- si bien es claro que la dictadura chilena tuvo una identificación creciente con la figura del general Pinochet.

(5) Simon Leys, "The art of interpreting nonexistent inscriptions written in invisible ink on a blank page", *The New York Review of Books* 37 [15, 11 oct. 1990, p. 9.

(6) H. Arendt, op. cit., p. 133.

Asimismo, la intensidad de la represión fue variable según el caso, con una máxima en Argentina, un nivel intermedio en Chile y en Uruguay, y un mínimo en Brasil. Por otra parte no debemos olvidar que otro tipo de dictaduras o semi-dictaduras más tradicionales se mantuvieron durante mucho tiempo en Paraguay y en América Central. En esos casos, el ejército a menudo no ha sido más que un encubridor o un instrumento de dominación de la oligarquía civil reinante tras los muros de los palacios oficiales. Dicho de otra forma, el autoritarismo parecería ser en cierta forma un paréntesis o una etapa en ciertos países adelantados de América del Sur, en tanto que se presenta como una tradición política en otros países pequeños de América Latina. Por otra parte, cómo no mencionar el régimen sin nombre de México, sometido desde hace décadas a su Partido Revolucionario Institucional? Régimen que Mario Vargas Llosa califica de "dictadura perfecta" porque no es ni verdaderamente autoritaria, ni seriamente democrática.

Es preciso agregar a lo anterior que los regímenes autoritarios no representan únicamente una categoría de gobierno para los latinoamericanos. Es posible que constituya para ellos un fenómeno de orden temporal, más precisamente una etapa dentro de una cronología que se ha caracterizado desde hace medio siglo por lo que podría denominarse el ciclo fatal de la democracia y el autoritarismo. De hecho, desde 1945 e incluso desde 1930 en un país como Argentina, la cronología política se ha caracterizado en gran parte de América Latina por la alternancia en cierta medida regular -casi fatal aparentemente- de democracias tambaleantes atropelladas por militares que a su vez son reemplazados por democracias demasiado débiles para asegurar por sí mismas su estabilidad. De esta manera, los regímenes de gobierno ya sean electos o surjan de un golpe de Estado, asumen la

forma de secuencias políticas condenadas al fracaso por una suerte de predestinación maléfica.

Con respecto a los países del Este, la crítica al esquematismo totalitario resulta igualmente indispensable para explicar el legado presente del comunismo. Al respecto, las diferencias existentes se ordenan en torno a tres variables: en primer lugar la duración de la imposición totalitaria, luego su intensidad, por último su finalización ya sea transformándose en un totalitarismo de línea blanda o en un simple autoritarismo de izquierda (es decir basado también en la estatización de los medios de producción). El alcance del daño causado se mide con estas tres variables.

El criterio de la duración es el que claramente distingue el prolongado abatimiento de la Unión Soviética. Han transcurrido más de siete décadas desde que Lenin disolvió la Asamblea Constituyente y luego destruyó el movimiento obrero ruso. Europa del Este, en cambio se hundió bajo el totalitarismo aplastante sólo cuarenta años. El recuerdo de lo que lo precedió no se ha borrado, como tampoco se ha borrado en la España de Franco o en el Chile de Pinochet. Y, en el caso de algunos países por lo menos, esta memoria es además la de un pasado engalanado, más democrático de lo que en realidad fue. Por ello, "la evidencia democrática" se manifiesta ahí más fuerte que en otras partes, especialmente en Checoslovaquia, en Hungría y en la ex - R.D.A.

El criterio de la intensidad de la penetración totalitaria regula el de la duración. Sin duda esta intensidad alcanzó igualmente su punto máximo en la U.R.S.S. Pero también fue muy fuerte en Bulgaria, en Rumanía, en Checoslovaquia y en la R.D.A. En cambio fue comparativamente más débil en Polonia, ya sea debido al poder de la Iglesia como al rápido abandono de la

colectivización en las zonas rurales. De la misma manera en Hungría, el peso colectivista se vio aliviado a partir de los años 60. Lo mismo ocurrió en Yugoslavia donde las pequeñas empresas se desarrollaron a gran escala. En resumen, la sociedad polaca, la húngara y la yugoslava soportaron sólo un totalitarismo intermedio, en tanto que las otras sociedades del este europeo transitaron sin descanso por el camino de la hoz y el martillo.

Ultimo criterio: el arribo a un totalitarismo de línea blanda ha adoptado diversas formas que diferencian el impacto que el mismo pueda tener en el devenir de los acontecimientos. Desde hace mucho tiempo, la vulgata marxista ya no cautiva a los países comunistas. Esto no impide que en algunos países subsistan sectores de resistencia del "internacionalismo proletario". Debido a ello, en Checoslovaquia y Rumanía en particular, los demócratas tuvieron dificultades para encontrar obreros que se unieran a ellos en ocasión de las grandes manifestaciones liberadoras de fines de 1989. Por otra parte la decadencia de una ideología no implica necesariamente la liberalización paralela del poder y de la economía. La fracción demócrata de Checoslovaquia vivió la represión totalitaria y la ausencia de toda reforma económica hasta el último día. Se comprueba lo mismo en el caso de Rumanía y Bulgaria, que es prácticamente análogo a lo ocurrido en la R.D.A. En cambio, los húngaros, los polacos y los yugoslavos viven en un contexto de reforma desde hace decenas de años. La transición es para ellos una vieja costumbre, a riesgo incluso de cansarlos. En 1989, ya no pertenecían al totalitarismo de línea blanda sino a un autoritarismo a veces benévolo por falta de una solución alternativa. Croacia conoció su "primavera" a partir de 1971, igualmente cedió de golpe paso al invierno. Eslovenia vio a sus disidentes organizarse en cuasi-partidos a partir de 1983 con la complicidad de algunos

comunistas. Polonia vivió "como si" el régimen -ya no el sistema- no existiera a partir de los años 1980, y aún con el cuasi-consentimiento del poder. En cuanto a Hungría, se habituó a la tutela paternal de déspotas ilustrados que actuaban para su propia decadencia, porque les convenía. ¿Acaso las cosas eran distintas en Brasil y en Chile, o incluso en la España de comienzos de 1970?

Esta convergencia final entre los países del Este y América Latina no debe sin embargo conducir a un equívoco sobre la naturaleza de los obstáculos que se presentan para la democratización y que fueron legado de políticas anteriores. Estos obstáculos son muy diferentes, ya que la larga duración tiene, a este nivel, un peso mayor que la coyuntura. En los países comunistas la coerción totalitaria se arraigó por todos lados, incluso en Polonia y en Eslovenia, el hábito del retraimiento personal, el ardid como forma de corrupción fundamental, al punto que un sacerdote polaco llegó a recomendar a sus fieles que no lo consideraran pecado⁽⁷⁾. Se transformó la idea de solidaridad en un discurso hipócrita como lo señala Vaclav Havel: "el pilar principal del sistema consiste en vivir una mentira"⁽⁸⁾. Es preocupante que no se supere este handicap inmediatamente así como tampoco el gusto por el confort mediocre garantizado por la seguridad tranquilizante del totalitarismo que termina. En especial, los nuevos regímenes democráticos o el que pudiera surgir en Rusia heredan grandes y pequeñas *Nomenklaturas*.

Estas, y en particular la pequeña que corresponde a una fracción no "expulsable" de población, aún detentan posiciones muy numerosas en Europa Oriental, sin embargo la gran *Nomenklatura* que encabeza el

(7) Como lo expone Timothy Garton Ash en *La chaudière*, Paris, Gallimard, 1990, p. 125.

(8) Id., p. 201.

Presidente Gorbachov sigue gobernando la Unión Soviética. Ahora bien, esta casta de dirigentes, de ex-dirigentes o de ex-privilegiados menores no goza de una legitimidad alternativa. No tiene un cuartel al cual volver. Sólo puede resistir al cambio o sabotearlo, salvo aquellos miembros que tienen la habilidad de adaptarse.

No ocurre lo mismo en América Latina. Aunque a menudo lo hagan a disgusto, los militares tienen la facultad de volver a sus cuarteles o a sus estados-mayores. Privados del rol político, gozan de una legitimidad de remplazo que es además la menos discutible: defender el país. Por ello, los principales enemigos latinoamericanos de la democracia no se encuentran entre la espada y la pared como lo están sus pares del Este.

Este es el principal triunfo democrático de América Latina. Por poco que se los contemple olvidando sus errores y los de sus adversarios, nada impide a los militares vivir felices en sus cuarteles. Sin embargo, el otro lado de la moneda no es tan sencillo. Es preciso que todos aprueben esta salida: en primer lugar los oficiales, pero también el conjunto de la población debe abandonar realmente su pesimismo frente a las posibilidades de supervivencia de la democracia. La obsesión por el ciclo fatal del autoritarismo no se ha extinguido en todos lados; se alimenta siempre de un escepticismo peligroso frente a la etiqueta de los gobiernos. Desde hace una década parece que a menudo, por contagio, por convicción o por cálculo, tanto los dirigentes autoritarios como los totalitarios se convencieron que debían admitir la democracia, negociando abiertamente o en forma secreta su salida. El hecho ya no suscita dudas en Europa del Este, donde la desaparición de la amenaza comunista, es irreversible aún cuando en ocasiones se perfilan nuevos autoritarismos. En cambio es muy incierto lo que ocurre en la Unión Soviética, donde Mijail Gorbachov

modernizó la dictadura para permitir que sobreviviera. Y ocurre lo mismo en América Latina, donde un cierto escepticismo afectuoso sigue minando el espíritu democrático.

El estado de las sociedades

Esta actitud ya es muestra, ciertamente, de un segundo tema que tiene relación con los sustratos sociales de las democratizaciones. A este nivel, las similitudes entre América Latina y los países del Este son mayores de lo que pudiera imaginarse a primera vista. O, tal vez, sea posible realizar en este campo cortes transversales, en lugar de limitarse a oponer una zona a otra. Dentro de esta perspectiva se presentan cuatro configuraciones, que vinculan en numerosas circunstancias a países pertenecientes a ambos medios. Las denominaremos aquí sociedades despojadas, sociedades inmaduras, sociedades retraídas y por último sociedades enemigas.

Las sociedades despojadas deben esta denominación al hecho que gozaron en el pasado de una autonomía y una fuerza comparables a las de las sociedades occidentales, ya sea a nivel político, a nivel económico, y más generalmente en ambos niveles. Tal ha sido el caso de Checoslovaquia hasta 1948, y aún de la ex-R.D.A. hasta una fecha difícil de determinar. Fue el mismo caso de Argentina -el Canadá austral- y de Uruguay -ex Suiza de América Latina- pero únicamente hasta su gran declive luego de la crisis de 1929. Por su lado, Hungría, Polonia -sobre todo la ex-austriaca o prusa- así como también Chile han estado cerca de este grupo a pesar del retraso de sus estructuras agrarias y de sus poblaciones campesinas⁽⁹⁾.

(9) Dado que si la sociedad de Budapest se sentía occidental en la estética del *jugendstyl*, el gobierno del almirante Horthy era semi-autoritario, así como su primer ministro, el conde Teleki, lo supo a pesar suyo en diciembre de 1940. Lo mismo se aplica en

Alternando un poco el orden del razonamiento comparativo, dentro de la categoría de sociedades inmaduras sólo encontramos a Brasil y una parte de América Central. Esta categoría está referida a los países que, habiendo concluido en mayor o menor medida la primera fase de su construcción nacional, la de la formación de una identidad específica, han dejado etapas posteriores inconclusas. La sociedad brasileña aún está marcada por diferencias étnicas muy arraigadas en la gente aunque se nieguen. No ha logrado desprenderse del fraccionamiento regional de su vida política. Adolece siempre de un clientelismo que sólo se ha modernizado y de un rechazo por los partidos velado de populismo. Lo dicho demuestra que Brasil debe enfrentar el gran desafío de una integración social efectiva, y que para ello deberá superar importantes obstáculos culturales que provienen, en especial, de una posición demasiado secundaria de la ley y de las normas igualitarias en la escala de valores. La práctica de la ciudadanía democrática es una ilusión en Brasil, donde el anonimato abstracto de la ley no es más que aquello que se pone frente a los enemigos del propio clan⁽¹⁰⁾. Por su lado, las sociedades con predominio de población indígena de América Central permanecen, para decirlo claramente, en medio de servidumbre, son sociedades de castas en las que los indígenas no tienen ni voz ni voto y donde reinan siempre oligarquías blancas o apenas mestizas: esto se da en particular en Guatemala, en Honduras y en El Salvador.

el caso de Polonia, fascinada por el carisma del Mariscal Pilsudski en el período de entre guerras, dividida también entre sus regiones occidentalizadas del Oeste y sus zonas retrasadas del Este. Lo mismo ocurre en Chile, en cierta forma monopolizada por la fracción europea (20%) de su población.

(10) Parafraseamos aquí una fórmula de Roberto Da Matta (*Carnivals, bandits et héros*, Paris, Seuil, 1985).

Por su parte, aquellas sociedades que denominamos retraídas se encuentran más o menos lejos en el este o sudeste de Europa: en la zona eslava de la Unión Soviética, así como en Rumania y en Bulgaria. La denominación de sociedades retraídas es doblemente justificada en estos casos. Por un lado, vivieron antes de 1917 o hasta 1945 los comienzos de una reforma de tipo moderna, la aparición de una burguesía de empresarios y de una clase media, y el surgimiento de un campesinado independiente. Pero esta reforma incipiente fue destruida demasiado pronto como para que pudiera tener efectos duraderos. Apenas quedan huellas borrosas que se pueden percibir por ejemplo en la vieja ciudad manufacturera de Gabrovo en Bulgaria, caracterizada siempre por una orientación burguesa favorable a la oposición democrática en 1990⁽¹¹⁾. Por otro lado, al penetrar con tanta facilidad en las capas sociales débiles, el impacto del totalitarismo ha logrado ahondar, más profundamente que en cualquier otra parte, su gen propio: el de la anomia, la apatía, el contrasentido comunitario que se inscribe en el retraimiento en la familia o la evasión religiosa, el alcoholismo o la emigración concebida como la única tabla de salvación. Las manifestaciones de multitudes no deben engañar. Sólo resuenan las voces simultáneas de una multitud de individuos que permanecen aislados en su desconcierto aunque por un momento engañen su soledad. La prueba de ello reside hoy, paradójicamente, en la proliferación de corrientes políticas que no son en el fondo más que sectas esotéricas creadas por grupos de amigos (sobre todo en Rusia y en Rumania). No hace falta más que observar la *Nomenklatura*, del ejército o la Iglesia permanentemente sometidas a todas las

(11) Debemos esta información a la politóloga búlgara Mira Ivanova.

autoridades para encontrar elementos que se parecerían a agentes de una sociedad civil organizada y activa⁽¹²⁾. Pero es evidente que no es así.

La última configuración -las sociedades enemigas- requiere poco comentario. Reagrupa a menudo a las categorías anteriores, identifica a los conglomerados estatales cuyos componentes étnicos múltiples se han visto reunidos ya sea por el azar de las antiguas migraciones, por la fuerza, o en virtud de accidentes históricos que no pueden ser mantenidos cuando surge la esperanza de un gran cambio político. El azar de las migraciones ha engendrado innumerables micro-regiones húngaras, alemanas, serbias y otras enclavadas en espacios diferentes donde no se los tolera y de donde, además, se los ha a menudo expulsado. La colonización rusa, el Tratado de Versalles, el federalismo comunista, el Acuerdo germano-soviético y los acuerdos posteriores a 1945, han creado los collares de hierro de los que los bálticos, los georgianos, los armenios, los moldavos, los croatas, los eslovenos, los albaneses, los eslovacos, los moravos y otros quieren liberarse. Esto se verifica también en América Latina, especialmente en los países andinos o centroamericanos donde las poblaciones indígenas buscan reivindicar más confusamente una identidad y una soberanía potencial diferente a la que se presenta en los mapas geográficos. De esta forma puede comprenderse, en parte, el apoyo que los indios ofrecen a Sendero Luminoso o a la guerrilla Tupac Amaru en Perú. Lo mismo

(12) El criterio de organización y de actividad, de auto-organización social en vista de una organización política u otra, son los criterios que pueden servir para definir la noción galvanizada de sociedad civil en contraposición a la de sociedad simplemente (ver: John Keane, ed., *Democracy and Civil Society*, London, Verso, 1988, en particular el ensayo de Z.A. Pelczynski).

ocurre en Guatemala con otros movimientos revolucionarios armados.

Por lo menos por un tiempo, pero se trata de un período crucial de la transición democrática, cada una de estas sociedades desca expresarse en su unidad irreductible y no en la diversidad de un conjunto más vasto que rechazan. El pluralismo les interesa únicamente como una afirmación agresiva de sí mismas frente a las sociedades rivales de distinta naturaleza lingüística o étnica. Y van más allá, ya que, por mimetismo y por instinto de conservación, obligan a las sociedades más importantes a nivel estatal a considerarse de la misma manera, ya inscribir el cambio dentro de una lógica de confrontación casi bélica.

Esta suerte de calidoscopio de las sociedades no contradice la distinción más banal, aunque precisa, establecida entre las sociedades que salen del totalitarismo y las que se liberan del autoritarismo. Esta distinción que se refiere a la propiedad privada de las empresas de todo tipo, establece que la misma no existe en el primer caso mientras que está presente en el segundo caso como también en las democracias liberales. De ahí deriva la conclusión pertinente de que la base material de autonomía del individuo desaparece en los sistemas totalitarios que quiebran el alimento más activo del tejido social, en tanto que en los regímenes autoritarios subsiste la base individual y al menos la potencialidad de ese tejido social. Esto no da lugar a discusión, y explica el hecho que los dirigentes demócratas se encuentran en la actualidad abocados a la tarea de administrar la importante economía colectivizada en Europa del Este, un poco como se le reprochaba no hace mucho a los social demócratas occidentales de administrar el capitalismo. Aunque sean más incompetentes en esta materia que sus predecesores de la *Nomenklatura*, no pueden

hacer otra cosa so pena de provocar una crisis total del país. Parecería que, a la inversa, sus homólogos de América Latina no tienen este problema ya que se encuentran con un aparato económico que ya está a punto en sus grandes líneas, funcionando y tal vez próspero.

Si este análisis no es falso conviene profundizar aún más. Lo que llamamos transición democrática comprende de hecho tres operaciones diferenciadas y hasta necesarias en su conjunto: 1) La implantación de instituciones democráticas; 2) La instauración real de un juego democrático basado en el respeto del derecho, un sistema de partidos viable, comportamientos electorales no muy extremistas ni poco realistas y algunos otros ingredientes del compromiso; 3) El tratamiento de los obstáculos económicos de naturaleza estructural o coyuntural capaces de derrumbar la democratización provocando la desilusión de la población⁽¹³⁾. En cierta forma, por definición, los líderes de los antiguos países comunistas deben afrontar las tres tareas a la vez, lo que les provoca una sobrecarga peligrosa. Pero es posible preguntarse si en América Latina los líderes democráticos se encuentran en una posición más cómoda y si tienen la posibilidad de eximirse de reformar la economía.

En realidad, se encuentran más bien dentro de la categoría intermedia de países como Hungría, Polonia y Yugoslavia, donde antiguas reformas ya han desgastado la estatización y han lanzado la privatización. En estas circunstancias que son comunes a América Latina y a una fracción de Europa del Este, la acción coyuntural contra la inflación, el endeudamiento externo, el desempleo reviste una importancia decisiva

(13) Recogemos esta formulación de Juan Rial (Artículo de la *Revue Internationale des sciences sociales*, a publicarse en la primavera de 1991).

para quienes temen que se hundan las esperanzas que apostaban a la democracia. Además, precisamente porque sólo aparece en forma coyuntural, esta exigencia genera mayor impaciencia que el gran cambio estructural cuya complejidad es mejor percibida en otra parte por una opinión que se vuelve de ese modo menos reivindicativa. Más aún, la importancia aparente de la coyuntura puede llegar a ocultar la urgencia idéntica de una reforma total de la estructura. Esto ocurre por supuesto, en el caso de Hungría, Polonia y Yugoslavia. Pero también se verifica lo mismo en América Latina donde los demagogos denuncian la "democracia de mercado". Este es el problema que plantea en particular Hernando De Soto⁽¹⁴⁾. América Latina vive siempre en una suerte de "neo-mercantilismo", donde la actividad económica se rige no por el mercado, ni por la competitividad de las empresas ni por el talento de los empresarios, sino más precisamente por las relaciones de orden político que éstos puedan mantener con el Estado. Es por esto que las sociedades latinoamericanas son menos autónomas en este sentido de lo que podría suponerse dada su etiqueta falsamente liberal. Al mismo tiempo, estas sociedades, en especial en los países andinos, simulan ignorar la economía subterránea e ilegal -los pequeños oficios y compañías de ómnibus "informales"- que a menudo producen la mitad del producto nacional efectivo. La transición democrática conlleva también la dimensión económica, que es casi siempre la más importante.

La dicotomía Este-Sur varía dentro de esta perspectiva. También debe interpretarse tomando en consideración los cortes

(14) Ver: Hernando De Soto, *El otro sendero*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987 (Edición original publicada en Lima). Hernando De Soto es el consejero económico del presidente peruano Alberto Fujimori, luego de haber sido uno de los inspiradores de Mario Vargas Llosa.

transversales ya enunciados, de los cuales hay que extraer su sentido práctico. La naturaleza compleja y multiforme de las sociedades en transición condiciona sus aspiraciones y la visión que éstas tienen del futuro. Las sociedades despojadas como la de Checoslovaquia o Argentina, aspiran a alcanzar su nivel de antes. Se sienten democráticas y cierran sus ojos a todo aquello que contradice su propia imagen: por ejemplo el antiguo arraigo comunista del proletariado checo o el peronismo argentino. Las sociedades inmaduras del estilo de la brasileña son más dudosas porque su cultura es la de lo inmediato; la proyección democrática es para ellas un discurso, al mismo tiempo que un tema de discordia entre las regiones adelantadas del país y las que no lo son. Las sociedades retraídas, a la manera rusa sobre todo, provocan escepticismo en los observadores exteriores, pero lo grave es que comparten ese escepticismo cuando buscan una vía democrática -¿cuál?- que les sea propia. Por último, las sociedades enemigas privilegian la afirmación nacionalista en detrimento del impulso democrático, ya sea de forma totalmente destructiva como en Yugoslavia y en la Unión Soviética, o de manera periférica como en Eslovenia y en Checoslovaquia.

¿Se debe creer en condiciones previas de la democracia?

Finalizar con estas conclusiones implicaría sin embargo cerrar las puertas y sobre todo, ignorar lo esencial. Como lo había hecho Dankwart Rustow a partir de 1970⁽¹⁵⁾, Philippe Schmitter establece, con razón, la idea de que ciertas condiciones previas económicas y culturales pueden casi

(15) Dankwart Rustow, "Transition to Democracy: toward a Dynamical Model", *Comparative Politics* [2], 1970.

garantizar o, por el contrario, condenar las tentativas de democratización o, por el contrario, condenar las tentativas de democratización en tal o cual país⁽¹⁶⁾. En los años 1960 sin embargo, el cuadro que Seymour Martin Lipset⁽¹⁷⁾ esbozó de las características socioeconómicas de las democracias ya establecidas hace tiempo en Europa o en América del Norte, lo condujeron demasiado rápido a considerarlas patrones de la supuesta aptitud para la democracia. La hipótesis parecía sensata. Consistía en pensar que los pueblos que han estado siempre sometidos a una indigencia extrema, a veces al hambre, tenían otras preocupaciones antes que la democracia. Sin embargo, si el enunciado parece aceptable, su sistematización formal y cuantitativa desemboca en el absurdo. Sugiere, de hecho, que la Europa del Oeste desvalida de fines del siglo XIX no reunía las condiciones previas necesarias para la democracia por la misma razón de su pobreza relativa. En cambio, Argentina debió haber corrido la misma suerte democrática que Australia a partir de 1925...

Dentro del mismo espíritu pero esta vez dentro de una perspectiva cultural, analistas hábiles habrían podido demostrar que la tradición luterana dominante en Alemania le impedía democratizarse o, más aún, que India estaba destinada a cualquier cosa menos al gobierno democrático que sin embargo está viviendo. Esto equivale a decir que este tipo de razonamientos, aunque oculten fragmentos de verdad, son válidos

únicamente en algunos casos (¿el monismo del Islam, dónde debe confundirse la política con el designio de Dios?). Por lo demás, las condiciones económicas y culturales de una experiencia democrática definen únicamente su terreno, las urgencias que implica, los obstáculos que tiende a sus líderes, en resumen los múltiples factores que éstos deben manejar de la mejor manera en una coyuntura política dada. El país que se ha dejado atrás representa siempre un desafío para la acción. No constituye por eso una carga mortal. Quienes deban conducirlo hacia la democracia deberán tener un gran talento estratégico capaz de unir las particularidades de un medio que no pueden elegir, con las exigencias mínimas de la democracia. En definitiva, casi todo dependerá de ese talento si no interviene simultáneamente la mundialización presente del momento y el peso de los factores internacionales. Felizmente, el tiempo presente es el de la democratización. Dado que el espíritu de ciudadanía responsable no puede surgir más que de su ejercicio previo en un marco de libertad, esta oportunidad de consolidarse se ofrece hoy tanto en América Latina como en los países del Este. En definitiva el único escollo verdadero sería tal vez que poblaciones muy impacientes terminaran por tirar todo por la borda. Es decir que, saturadas por un Estado omnipotente durante tanto tiempo, sueñen con un Estado tan débil que no sea capaz ni siquiera de soportar a una democracia que también necesita de una autoridad.

(16) Informe de Philippe C. Schmitter presentado en este coloquio.

(17) Seymour Martin Lipset, "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review* [53], 1959.

RESUMEN

A partir del desafío que supone la democratización en los países del Este y en América Latina, tanto para el proceso en sí mismo como para su análisis politológico. Hermet se introduce en los contextos sociopolíticos de estas sociedades, sus herencias, sus particularidades y las características de sus procesos democratizadores y reformistas.

Las herencias autoritarias en América Latina y totalitarias en Europa del Este determinan las particularidades de sus proyectos y procesos democráticos en cuanto a las diferentes relaciones que han existido e influyen en el devenir político futuro entre la sociedad civil y el Estado. Estas herencias, con importantes puntos de contacto, son efectivamente diferentes, lo que constituye el desafío para su análisis. Se sugiere, por lo tanto, en un ejercicio metodológico de política comparada que el análisis entre esas dos realidades se haga a través de cortes transversales y no oponiendo uno a otro como se suele hacer, ya que de esta forma se obtendrán mejores resultados.

Hermet intenta una clasificación a partir del estado de las sociedades en América Latina y Europa del Este que permitiría agruparlas en: sociedades desposeídas (que han tenido en el pasado un grado de desarrollo similar a las occidentales), sociedades inmaduras (países que aún no han culminado su construcción nacional), sociedades retraídas (que se vieron frenadas en el impulso modernizador original) y sociedades enemigas (que agrupan conglomerados étnicos que nada tienen que ver entre sí).

ABSTRACT

According to the challenge that the process of democracy undergoes in Eastern Europe and Latin America, the process itself as well as its political analysis, Hermet gets into these societies' sociopolitical contexts, their heritage, their particularities, and the characteristics of their reformist and democratization processes. The authoritarian and totalitarian heritage in Latin America and Eastern Europe, respectively, determine the peculiarities of their projects and democratic processes as regards the different relationship that has existed between State and society, and how they influence the future political development. In spite of several points in common, this actually different heritage becomes the analyst's challenge. Therefore, in a methodological exercise of comparative politics with the purpose of obtaining the best results, it is advisable to study these two realities through a cross-cut examination instead of the normal practice of placing one against the other. Hermet tries to classify the state of Latin America and Eastern Europe societies in: deprived societies (societies with similar degree of development to that of western societies), immature societies (those in not fully developed countries) retracted societies (societies held back in their modernization impulse), and antagonistic societies (those with ethnic groups that have nothing in common).